

Llano, A. (2011).

Caminos de la filosofía.

Pamplona: Pamplona, EUNSA, 404 pp.

No cabe duda de que hay tantos caminos como personas. El camino por el que Alejandro Llano optó siendo muy joven, movido por una curiosidad insaciable y alentado por sus lecturas y el contacto con sus profesores, fue el de las humanidades. Su idea de filosofía como búsqueda de la verdad, la cifra en el título del libro de Husserl, *La filosofía como ciencia estricta* (p. 27). Y dentro de los caminos que la filosofía le ofrecía optó por estilos filosóficos aristotélicos, fenomenológicos y analíticos (p. 33); de modo inseparable con la filosofía cristiana, convencido de que el cristianismo es la verdadera filosofía, donde se plantean los interrogantes filosóficos decisivos.

El libro que reseñamos anda por su segunda edición y recoge las conversaciones que el autor mantiene con Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba. En sus dos obras anteriores, Llano (2008 y 2010) escribe sus memorias. En ellas, con cierto orden cronológico, nos muestra sus vivencias y recuerdos existenciales. La presente obra puede catalogarse como autobiografía intelectual, y sin duda viene a completar sus memorias. En esta ocasión nos desvela su pensamiento, de forma que se entremezclan cuestiones intelectuales y existenciales.

Convencido de que “el camino hacia el conocimiento es siempre dialógico” (Llano, 2010, p. 14), y que desde la universidad hemos de empeñarnos en el estudio, la reflexión y el diálogo, el libro se desarrolla en forma de conversación, recreando ese diálogo intelectual que es la entraña de la filosofía.

El cuerpo de la obra consta de cuatro partes. La primera lleva por título *Una vida filosófica* (pp. 13-108). Nos cuenta su encuentro con la filosofía, por qué tomo la decisión de dedicarse a ella y su inquietud inicial por lo trascendental y los trascendentales. Su experiencia en las universidades de Madrid, Valencia, Bonn y Navarra y el encuentro en ellas con personas claves en su formación y en su pensamiento como Antonio Millán-Puelles, Juan Rosado, Manuel Garrido, Fernando Inciarte y Leonardo Polo fueron determinando su camino filosófico. Su trabajo intenso, profundo y prolongado en la filosofía de Kant le llevó al hallazgo de que “lo que hay de trascendencia en el idealismo trascendental es precisamente la

autonomía” (p. 37). Moverse en los ambientes filosóficos alemanes, y en otros ámbitos europeos, le permitió descubrir otra manera de hacer filosofía y vislumbrar cierta altura especulativa. La filosofía trascendental como tronco del pensamiento contemporáneo, la libertad como manifestación de la trascendencia y ésta como raíz de la metafísica “han sido temas centrales para mí, en los que he puesto un interés vital, porque me parece que nos jugamos mucho en este trance” (p. 45).

Mientras que en esta primera parte se enmarca su trabajo filosófico en la segunda parte, *Filosofar desde la finitud* (pp. 109-230), el diálogo discurre sobre su estilo y rasgos filosóficos y sobre los temas centrales de su reflexión. Se abordan cuestiones derivadas principalmente de sus estudios sobre Kant como la utilización de binomios filosóficos, el fenómeno como punto de partida de la reflexión filosófica, la manera de conciliar crítica y sistema, los métodos de la filosofía, los límites de la razón, las aportaciones de Wittgenstein y Heidegger a la modernidad, la superación del representacionismo y la analogía como modo de pensar, entre otras. Abordando también sus intereses actuales.

La metafísica es el tema central de la tercera parte del libro, titulada *Ser, verdad, acción* (pp. 231-332). Al repasar sus principales aportaciones a esa disciplina, reconoce que su idea de la metafísica ha evolucionado, de forma que “en sus últimos trabajos ha adoptado una expresión que para muchos puede haber resultado una piedra de escándalo filosófico: *metafísica mínima*” (p. 232). No deja de ser una muestra de su peculiar ironía con la que viene a significar la importancia de lo relativo al ente, por ser una cuestión de principio, del que no hay demasiadas cosas que decir. Para Llano hay un deber “de no tratar de hablar o escribir en exceso sobre las cuestiones de principio” (p. 233).

Por último, la cuarta parte *Ilustración o modernidad* (pp. 333-396) nos sitúa de lleno ante los pros y los contras de nuestro “espacio social”. En ella se abordan cuestiones sobre los *movimientos divergentes* emblemáticos de la postmodernidad (ecologismo, feminismo, nacionalismo y pacifismo), su modelo de modernidad a dos niveles: tecnoestructura y mundo vital, el sentido de su expresión *nueva sensibilidad*, su apuesta por el humanismo cívico, la institución universitaria y su misión, etc. Cuestiones que vienen a corroborar su sensibilidad e interés por los problemas sociales actuales.

Si algo podemos destacar de la trayectoria filosófica e intelectual de Llano es que ha indagado y continua haciéndolo sobre lo que verdaderamente le interesa, por muy difícil que pueda parecer, sea o no lo esperado o lo políticamente correcto. En esta obra el lector va a descubrir una experiencia vital de búsqueda de la verdad, no exclusivamente de la verdad filosófica sino de una *verdad práctica*. Término decisivo para Llano por su conexión con la moral, con lo éticamente

bueno, que “ha supuesto una verdadera conmoción intelectual, quizá más seria que la del psicoanálisis” (p. 305).

Finalmente en el libro se recoge una selección de las publicaciones del autor. Alejandro Llano optó y arriesgó. Su obra es su legado para quienes lo conocen y lo tratan de cerca, para quienes estudian y trabajan a su lado, para sus discípulos, para quienes han bebido de su magisterio en universidades de España, Europa y América a lo largo de cuatro décadas y para quienes somos asiduos lectores de su obra.

Elena Arbués
Universidad de Navarra

Llano, A. (2008). *Olor a Yerba Seca*. Madrid: Encuentro.

Llano, A. (2010). *Segunda Navegación*. Madrid: Encuentro

Mujica Rivas, M. L. (2010).

El concepto de educación de San Agustín.

Pamplona: EUNSA, 318 pp

Presentar este libro es invitar a su lectura destacando toda la riqueza de una investigación científicamente valiosa y profunda sobre algunos aspectos de la obra de un autor por tantas razones admirable: como hombre sincero y valiente, como filósofo estudioso de los grandes problemas humanos, como teólogo en la búsqueda angustiosa de Dios –a quien veía como su causa y fin–, y como santo, pues logró, no sólo el encuentro con la Verdad a la que fue fiel hasta la muerte, sino que consiguió con entereza y dolor, con la ayuda de la gracia, imprimir en su alma apasionada e inquieta el orden en sus amores.

El trabajo que nos ocupa, al analizar algunos términos latinos de la lengua agustiniana vinculados con la pedagogía, nos permite comprender a fondo la importancia y el calado de la formación humana y cristiana, materializada con sucesivos grados de hondura, en los que las acciones de Dios, del maestro y del alumno, se unen para obtener “el desarrollo pleno del hombre” imposible de conseguir, “sin la restitución de la imagen de Dios (Amor) en él” (p. 295).